

1. Análisis literario haciendo hincapié en las imágenes del texto (SEMÁNTICA)



Sedientas las arenas, en la playa
Sienten del sol los besos abrasados,
Y no lejos, las ondas siempre frescas,
Ruedan pausadamente murmurando.

Pobres arenas, de mi suerte imagen;
No sé lo que me pasa al contemplaros
Pues como yo sufrís, secas y mudas
El suplicio sin término de Tántalo.

Pero ¿quién sabe?... Acaso luzca un día
En que, salvando misteriosos límites,
Avance el mar y hasta vosotras llegue
Á apagar vuestra sed (extinguir)

¡Y quién sabe también si tras de tantos
Siglos de ansias y anhelos imposibles
Sacia al fin su sed el alma sedienta
¡Donde beben su amor los serafines!

CLAVES:

1. Seguir la guía que hemos explicado en clase.
2. Evitar palabras como: "El texto trata", "el texto dice"...**NUNCA**, para eso ya tenemos los de manual.
3. Si no tenemos fechas, tenemos por nuestros conocimientos que aproximarnos, evitando siempre dar fechas concretas.
4. Enlazar todo, que no parezca una lista de la compra, cada elemento siempre tiene que estar **SIEMPRE** justificado.

El comentario de texto como herramienta exegética de la literatura se remonta a las glosas sobre los clásicos grecolatinos en la Antigüedad tardía y en la Edad Media. En tiempos recientes, autores como Evaristo Correa y Lázaro Carreter han sintetizado y actualizado esta técnica, vigente en la práctica escolar y universitaria, ante la cual nosotros nos disponemos a realizar una modesta contribución, intentando emplear el texto como un pretexto para la erudición abstracta.

La contemplación de la arena abrasado por el sol trae a la mente de la voz poética, que sufre la misma sequedad, el mito de Tántalo. En torno a esta historia construye un lamento y una pregunta al aire, una esperanza etérea.

El tópico del texto, revestido de un carácter mitológico, es sin embargo más bien contemporáneo: el hombre en busca de sentido, la interrogación sobre si alguna vez el espíritu hallará descanso ante la “sed inextinguible” que es el deseo de lo Absoluto. Encontramos, pues, un componente existencialista en el texto, pues el amor del que se habla en el último verso es de carácter intelectual, es ansia de lo eterno, del descanso. Todo el poema estila emoción contenida, encapsulada sin que se desborde en arrebatos pasionales. Creemos que ello se debe al cuidado esquema métrico, que encauza el sentimiento del yo poético en una musicalidad del alma. Lo consigue a través de un esquema sencillo, de rima asonante: riman los versos pares y quedan libres los impares. Sin embargo, no es un recurso al uso. En los 16 versos, la rima asonante es diferente en la primera mitad (a-o) que en la segunda cambia totalmente (a i-e). Los versos, además, no son octosílabos, sino endecasílabos, con un fuerte ritmo yámbico (salvo el octavo y el noveno, por terminar en esdrújula). Los endecasílabos son heroicos (acentos en 6.^a y 10.^a sílabas) o sáficos (acentos en 4.^a y 8.^a sílabas), dándole así un empaque solemne al asunto.

La formalidad queda subrayada por la estrofica de los ocho primeros versos. Apenas hay un encabalgamiento muy suave (“un día / en que”) en los versos 9 y 10 y otro también suave, aunque sirremático, en los versos 13 y 14 (“tantos / Siglos”) que rompan la sensación general de equilibrio y sentimentalidad moderada.

Pero toda La composición está dominada por una alegoría. “La arena, secada por el sol” (en antítesis con la frescura de las olas, reflejo pensamos que de lo salvaje, lo inalcanzable) se equipara al sufrimiento de la voz poética, que no puede hablar y está seco, triste como la tierra. A su vez, este sufrimiento (verso 7) se compara con la tortura de Tántalo (verso 8). Este personaje de la mitología griega era una divinidad menor que se atrevió a compartir con los mortales los alimentos del Olimpo, el néctar y la ambrosía. Como castigo por tamaña felonía, los grandes dioses lo castigaron a quedarse encadenado en un lago, a la vista de deliciosas frutas, Cada vez que alargaba la mano hacia ellas, o se inclinaba para beber, los manjares desaparecían de su alcance, y así debía permanecer por siempre. Esta primera descripción de la penuria ocupa la primera parte del poema, compuesta por los ocho primeros versos.

La segunda parte, los ocho últimos versos, cede algo de espacio a la esperanza. El mar, visto como indomable, se considera que algún día podrá calmar el dolor de la arena de la playa, que como Tántalo siempre está sedienta. Sin embargo, es solo una posibilidad, reforzada por la anáfora de “quién sabe” (versos 9 y 10). Esta incertidumbre viene a ser apuntalada por interrogaciones retóricas que se extienden a lo largo de los ocho últimos versos.

Los dos últimos versos le dan al texto una dimensión religiosa, salvífica: pues el lugar “donde beben su amor los serafines” (verso 16), de acuerdo con la cosmovisión cristiana de la *Divina Comedia* de Dante no es otro que el Empíreo, la región donde habita Dios mismo, el trópic de los cielos. Allí los serafines, la jerarquía superior de los ángeles, calman su sed con la Divina Presencia. Por lo tanto, la única expectativa positiva para ese espíritu continuamente volado por el fuego sería la muerte y el ascenso a un plano de existencia superior.

Otro recurso que permea el poema entero es la personificación o prosopopeya. Las arenas adquieren emociones y sensaciones humanas, para representar las del poeta, en una tradición literaria que se remonta al Romanticismo. Así, pasan sed (verso 1), “sienten del sol los besos abrasados” (verso 2), sufren como el yo poético “secas y mudas” (verso 7) y solo tal vez puedan algún día saciar su sed (verso 12). También son animadas las olas, que pasan el tiempo “murmurando” (verso 4). Desde un punto de vista que no compartimos se puede hablar también de personificación en el verso 15, en el que se señala la sed del alma.

En todo momento nos encontramos ante un registro culto, con una sintaxis cuidada, incluso a veces alterada en el orden habitual (“de mi suerte imagen” en vez de

al revés en el verso 5, por ejemplo) o con giros inusuales (“si tras de tantos”, verso 13) y con un vocabulario a veces elevado (“suplicio”, verso 8; “anhelos”, verso 14, verbigracia) se nos antoja un poema claro, accesible, capaz de interpelar al lector, a ese tú ausente pero siempre implícito en cualquier lírica.

El yo poético se asimila a lo que en la teoría de Ducrot sobre la polifonía textual se llamaría el locutor. En ningún momento cede sus pensamientos a otro enunciador, y parece dirigir todo el poema a sí mismo. Hay una hegemonía en el texto de la función expresiva del lenguaje, de confesión de sentimientos -en clara actitud lírica-, junto con la referencial (informar de estos) y la poética, que es consustancial a la literatura.

La intertextualidad es patente, como ya señalamos, en la remisión a la mitología griega (recogida, por ejemplo, en la *Teogonía* o en las *Metamorfosis*) y a la escatología cristiana de Alighieri. El “alma ardiente” del siglo XV también nos evoca uno de los mejores poemas de una época muy de mirar a lo trascendente como fue el Barroco español, el célebre soneto de Quevedo “Amor constante más allá de la muerte”.

Para terminar y a modo de conclusión, estamos ante un poema sobrio pero emocionante, que aúna la tradición formal y temática con la innovación de la experimentación versal y una descripción alejada de grandilocuencias. Es complicado, y creemos que inadecuado también, adscribirlo a una escuela o corriente, pues combina elementos culturalistas con un intimismo propio de la poesía romántica. En suma, nos encontramos ante una voz poética muy personal, pero no por ello aislada ni solipsista, que combina lo mejor de lo antiguo y de lo contemporáneo en un poema que cristaliza las preguntas que tantas veces nos hacemos al contemplar el paisaje y pensar en lo Absoluto.

M.